

EL BAILE



NADA mejor para probar el predominio que se ha dado a la materia sobre el espíritu que el afán de la juventud hacia esa fiesta imbécil que se llama baile. Definir esta palabra es más complicado de lo que a primera vista parece.

¿Qué es el baile? Para encontrar la contestación a esta pregunta es preciso acudir a un hospital de dementes. Allí debió nacer esa colección de locuras practicadas por los más cuerdos, en concepto de la sociedad misma. La debilidad del hombre no puede ser más grande: por la adquisición de un placer mezquino, da todo lo que tiene que dar: su razón, su dignidad, su hombría.

Nadie negará, si acaso tiene ileso el sentido común, que un hombre cuando baila no es hombre; es la caricatura del hombre, casi un mono. La razón se le baja entonces a los talones, y naturalmente la pisotea. Así es que de un baile, las facultades superiores del hombre salen destrozadas. Vals, polka, habanera y lanceros son sinónimos, como lo son, poco más o menos, necedad, estupidez, tontería e idiotez.

La expansión y regocijo que, según dicen, se disfrutan en un baile son imaginarios. El baile requiere una sujeción ceremoniosa y una esclavitud que avergüenza. Un movimiento mal dado una figura mal hecha son lo suficiente para un descrédito social. Es cuanto nos queda que ver: se censura acremente al que no acierta a bailar conforme a las reglas del arte coreográfico, que es lo mismo que recriminar a un perro porque no acierta a hablar.

El hombre que sabe bailar ha empezado la carrera del tonto: naturalmente, unos la concluyen, y otros no la terminan. Tras de la posesión del baile, viene la posesión de todos los conocimientos insustanciales y absurdos. Tres son solamente los seres que bailando se encuentran en su actitud natural:

El loco.

El ebrio.

Y el tonto de capirote.

De suerte que los demás parodian, en el acto de bailar, lo más triste: la demencia,

y lo más risible: la borrachera. La tontería está, por desgracia, parodiada en muchos otros actos del hombre.

Detenéos un momento y hacedme el obsequio de dibujar en vuestra imaginación unos lanceros. Una pareja en frente de la otra, y dos parejas, de frente también, pero en distinta dirección, formando con las primeras un cuadro. Se acercan las parejas y se saludan, dan unas cuantas vueltas y se tornan a saludar. Así principian y así terminan los rigodones. Los bailarines son los payasos de la vida con su mimica grotesca y sus contorsiones chistosas. Son los que representan el sainete de la comedia humana; pero sainete vulgar, obsceno y chocarrero.

En el baile, el hombre niega que es hombre, ocultando lo que de tal tiene, y enseñando estúpidamente la parte que le asemeja al bruto; porque así como la meditación es el estado natural del ser dotado de razón, el baile es el estado natural del instinto. Por el baile se prostituye la más bella de las bellas artes, pues la música destinada al baile es una música empobrecida. Parece increíble que la música, el lenguaje del alma, la poesía del corazón, la vida del sentimiento, se utilice para coadyuvar al ridículo del hombre.

Un dato para comprobar la baja condición moral de este ser mixto: Cualquiera que lea estos renglones se conformará probablemente con las ideas en ellos vertidas y hallará en lo dicho muchas verdades. Pero ¿a que no deja de asistir al primer baile a pesar de este asentimiento? Quizá ignora que de este modo se hace acreedor al honroso título de majadero.

No me extraña en la juventud masculina ese afán que le arrastra hasta a insensatez y la locura. Para ella el baile es un pretexto: en él sacia deseos contenidos desahoga pretensiones añejas y da alguna suerte de satisfacción al instinto que en ocasiones le domina. Aunque menoscaba su moralidad y pierde la propensión a los bienes del espíritu, este mal no le contrista, porque no cifra en las condiciones del alma su valor principal.

Pero el bello sexo bajando es lo más triste. La vergüenza se arrastra, el instinto se alimenta, la liviandad se aprende, toda la colección de frases huecas adulaciones y li-

sonjas se escucha. *Es decir, se inicia el vicio y se ahuyenta la virtud. Mujer que ha bailado una sola vez, no puede ser perfecta. Ha tenido que perder el pudor siquiera por algunos minutos; ha tenido que separarse de la formalidad; ha tenido que ser inmodesta y vana al escuchar las exageradas galanteerías de su pareja.*

Decid a una joven en el retiro de su casa que se deje abrazar del hombre que la adora (sea quien fuere y cuantos fueren), y si tiene vergüenza os rechazará indignada; pues esa misma joven en un salón lleno de gente, se entrega en brazos de cualquiera para que la zarandee en una polka o un vals. Y ni queremos nombrar esas salvajes danzas importadas de nuestra Metrópoli actual. Esa diferencia de proceder revela pérdida de pudor, lo más delicado que hay en la mujer.

Recomendad a una joven que cuando estuviere sola en su cuarto, dé saltos y brincos como una loca, y os responderá que le aconsejáis una ridiculez de la cual no es capaz. Pero esa misma mujer entre la concurrencia de una sala hará las más imbéciles contorsiones danzando con su pareja. Manifiesta pérdida de la formalidad, tan indispensable al sexo débil.

Obsequiad a una muchacha en el paseo o en la visita, diciéndole que es la más hermosa de las criaturas y que os acaba de inspirar un amor comparable al volcán, y os increpará con dureza, juzgando que os burláis de su candor. Pues esa misma tímida muchacha creará en el baile muy natural vuestro repentino amor, y se persuadirá sin gran dificultad de ser la mujer más hermosa del salón. Evidente pérdida de la modestia, sin la cual no acertamos a figurarnos la mujer.

Aquí queda probado perfectamente lo que dije al principio, que el hombre bailando no es hombre. Claro está que este concepto es extensivo a la mujer. Esta, fuera del baile, ni se deja brazar, ni salta aturdidamente, ni cree en adoraciones repentinas y tontas. En el baile sí. Consiste en que aquí no es mujer: es una parodia bufa de la mujer, la mujer en caricatura de mona.

El baile es la cátedra del vicio: las jóvenes son las alumnas; el profesorado lo forman los hombres. Estos enseñan una doctrina que conviene a la satisfacción de sus livianos deseos; aquéllas escuchan la lección y alimentan con ella su alma sedienta de novedad. Acaso por la flaqueza de nuestra condición, una joven olvida prontamente el consejo de personas mayores o una lectura instructiva; pero difícilmente olvida las pala-

bras que algún hombre le dirigió en el calor de la danza.

El carácter de las coquetas se forma en estas fiestas. Apenas bailan una vez que no escuchan una declaración importuna. Engréidas y presuntuosas con tales distinciones, no quieren que un desaire por parte suya las extinga y las acogen con orgullo y satisfacción.

Debiera una joven considerar como un beneficio cuando, al tener la imprevisión de acudir a un baile, nadie le invita a tomar parte en aquel laberinto de locos; y sin embargo, si tal acaece, se apena porque se considera desairada. Es decir, que siente evitar un peligro para su pureza, para su dignidad y para su virtud. Si está apegada a la sociedad, como lo demuestra por el hecho de acudir al baile, comprendo el por qué de su sentir.

Dije antes que la razón se pisotea en el baile. Por eso tienen allí cabida todos los pensamientos insensatos, todas las frases atrevidas, todas las ideas extraviadas; por eso se les abraza a los jóvenes impudicamente; por eso se juntan dos rostros de distinto sexo; por eso se rozan dos cuerpos de hombre y mujer; por eso se proponen planes audaces; por eso se crean relaciones engañosas; por eso la honestidad se despedaza, el corazón se habitúa a los sentimientos impuros y la dignidad humana se arrastra por lo más hediondo del lodazal.

Y todo con la sanción del hombre mismo, que voltea olvidado de la superioridad de su ser. Esta última pincelada es un cuadro que pone de relieve la monstruosidad del baile. Meditad sobre ellos. Es admirable la tranquilidad de las madres que, sentadas sosegadamente en un rincón, miran a sus hijas en brazos de un joven generalmente desconocido. ¡Pobres madres!

A mí me da lástima ver a una niña bailando. ¡Ella que debía ser como las perlas de los mares, como los capullos de los vergeles, circulando locamente en torno de un foco de corrupción! Y todo por satisfacer las exigencias de la moda, las imposiciones de la sociedad. La sociedad y la moda son dos pozos de inmundicia. Creédmelo.

¡Qué vale el brillo de un peinado que se luce o de una seda que se arrastra bailando? ¡Qué significa una lisonja que se escucha, una vanidad que se adquiere? Conservar la delicadeza en el sentimiento, la dignidad en el espíritu, la pureza en la idea, la virtud en el corazón, debiera ser el afán de la juventud. Y esto no se logra en los bailes.

Nada importa el desdén de una sociedad estúpida. Nada importan los insultos del hombre apegado a la grosera materialidad de la vida.

El pudor es lo más hermoso de la mujer. Pero es al mismo tiempo lo más frágil y delicado.

Una joven pura, digna y modesta, que no baila y que evita los lazos tendidos a su bondad, es el ser más poético de la existencia en el que están condensadas todas las bellezas de la creación. Su valor es inmenso, aunque desconocido a nuestra sociedad.

Me parece haber expuesto desnudos los males que origina el baile. ¿Hay alguno que

quiera exponer las ventajas morales que reporta?

Jóvenes de ambos sexos, ¿queréis demostrar que conocéis el valor de vuestra personalidad?

Pues no bailéis jamás.

ANSELMO.

NOTA. Este artículo se dirige especialmente a los Católicos, muy honrados, muy religiosos y hasta muy píos, que se obstinan en defender lo inofensivo e inocente de los bailes, como si abrazarse un hombre y una mujer en público y al son de la música fuera menos peligroso y encerrara menos malicia que ese mismo acto realizado en la oscuridad y el silencio de una habitación.

¡Dios nos Salve!

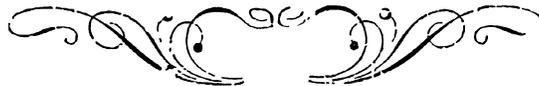
NO asciende ya hacia Dios, de los hogares, el orobias sin par de las plegarias, que endulza nuestras vidas, tributarias de indecibles quebrantos y pesares.

Los errores proyectan sus lunares, disolviendo costumbres centenarias; sustituyen siniestras luminarias a la apacible luz de los Altares.

Se decreta además la cesantía de la recta conciencia; y al honor se empeñan en hacer del hombre guía.

¡Tiempos de prueba son en que debemos repetir los cristianos, con fervor: el "SÁLVANOS, SEÑOR, QUE PERECEMOS".

KEA.



PARA
EL SERVICIO CIVIL Y CURSOS
COMERCIALES POR CORRESPONDENCIA
ESCRIBAN AL
Cosmopolitan Business College
MANILA, P. I.
(Profesores americanos)

A M A Y A
Partituras para canto y piano de esta
hermosa ÓPERA VASCA
P 12.00
A. NOARBE
Juan Luna 489 **Manila**